

EL SENADOR.

Me opongo á ese viaje por esta noche. El placer de la conversacion nos seduce, y el dia nos engaña; porque ya es mas de media noche. Vámonos pues á acostar de acuerdo con nuestros relojes, y mañana concurremos á la cita.

EL CONDE.

Teneis razon: Las personas de nuestra edad deben en esta estacion formarse una noche convencional para dormir tranquilamente, asi como tambien deben formarse un dia facticio en invierno para favorecer el trabajo. En cuanto á nuestro Caballero nada impide que despues de haberse separado de sus graves amigos vaya á distraerse en el gran mundo. Encontrará sin duda ninguna mas de una casa en que aun estarán sobre la mesa.

EL CABALLERO.

Me aprovecharé de vuestro consejo con la condicion sin embargo de que me hareis la justicia de creer que no pienso distraerme *en ese gran mundo* tanto como aquí. Pero decidme antes de separarnos si el bien y el mal están acaso distribuidos en el mundo como el dia y la noche. Hoy no encendemos las bugias sino por fórmula. Dentro de seis meses apenas las apagaremos. En Quito se encienden y se apagan las luces todos los dias á una misma hora. Entre estos dos puntos extremos, el dia y la noche van creciendo del equador al polo y viceversa en un orden invariable; pero al fin del año, cada uno saca su cuenta y cada persona ha recibido sus cuatro mil trescientas ochenta horas de dia y otras tantas de noche. Qué pensais de esto Sr. Conde?

EL CONDE.

Mañana hablaremos.

SEGUNDA VELADA.

EL CONDE.

Devolveis la taza, Caballero, no quereis mas té?

EL CABALLERO.

No, gracias; me contento por hoy con una sola taza; educado, como sabeis en una provincia meridional de Francia en que no es mirado el té sino como un remedio contra el reuma, he vivido despues entre pueblos que hacen grande uso de esta bebida: la he usado como los otros para seguir la costumbre, pero sin haber encontrado jamás placer bastante para hacer de ella una necesidad. Por otra parte no soy partidario por sistema de esas nuevas bebidas; ¿quién sabe si nos habrán traído tambien enfermedades nuevas?

EL SENADOR.

Eso podrá ser muy bien, sin que la suma de enfermedades que hay en la tierra se haya aumentado; porque suponiendo que la causa que indicais haya producido algunas incomodidades ó enfermedades nuevas, lo que me parece bastante difícil de probar, habria tambien que tomar en cuenta las enfermedades que se han debilitado considerablemente, y que aun han desaparecido casi en su totalidad, como la lepra, la elefantiasis, etc. Además, yo no me inclino á creer que el té, el café y el azúcar, que han tenido un éxito tan prodigioso en Europa, se nos hayan dado como castigos: me inclino mas á mirarlos como presentes. Pero

en una ú otra manera, no los miraré como cosas indiferentes. No hay casualidad en el mundo, y sospecho desde hace mucho tiempo, que la comunicacion de alimentos y bebidas entre los hombres, tiene una tendencia lejana á egecutar alguna obra secreta que se verifica en el mundo sin que nosotros la conozcamos. Para todo hombre que vea claro y que quiera mirar, no hay nada mas patente que el enlace de los dos mundos; y rigurosamente hablando, pudiera decirse que no hay mas que un mundo porque la materia es nada. Imaginad, si gustais, la materia como existente por si sola, sin inteligencia; y jamás podreis llegar á concebirla.

EL CONDE.

Pienso que nadie puede negar las relaciones mutuas del mundo visible y del mundo invisible. Resulta de esto un doble modo de considerarlas; porque la una y la otra puede ser considerada respectivamente en si misma, ó en sus relaciones con la otra. Segun esta division natural, abordé ayer la cuestion que nos ocupa. Yo no consideré desde un principio mas que el orden puramente temporal; y os pedí permiso despues para elevarme á mas altas consideraciones, cuando fui interrumpido muy á propósito por el señor Senador. Voy á continuar ahora.

Siendo todo mal un castigo, se deduce de esto que ningun mal puede ser considerado como necesario, y no siendo necesario ningun mal, se deduce que el mal puede ser prevenido, ó por la supresion del crimen que lo habia hecho necesario, ó por medio de la oracion que tiene la fuerza de evitar el castigo, ó de mitigarle. Pudiendo, pues, ser coartado indefinidamente por este medio sobrenatural, ya veis...

EL CABALLERO.

Permitidme que os interrumpa y sea impolitico, para obligaros á que seais mas claro. Tocais un asunto que me ha agitado mas de una vez penosamente; mas por el momento suspendo mis argumentos sobre este punto; yo quisiera solamente hacer os observar que confundis, sino me engaño, los males debidos inmediatamente á las faltas de quien los sufre, con aquellos otros que nos trasmite una desgraciada herencia. Decis que nosotros sufrimos hoy, quizá por excesos cometidos hace mas de un siglo; á mi me parece que no debemos responder de esos crímenes como tampoco del de nuestros primeros padres. No creo que la fé se estienda hasta este punto; y si no me engaño, bastante es lo que hemos sufrido por un pecado original, pues que este solo peca-

do nos ha sometido á todas las miserias de esta vida. Parece, pues, que los males físicos que nos vienen por herencia, nada tienen que ver con el gobierno temporal de la Providencia.

EL CONDE.

Tened presente, que no me he fijado sobre esa triste herencia, y que no os la he dado como prueba directa de la justicia que egerce la Providencia en este mundo. He hablado de ello incidentalmente, como de una observacion que me encontraba en el camino; pero os doy las gracias de todo corazon por haberla puesto sobre el tapete, porque es muy digna de ocuparnos. Si no he hecho ninguna distincion entre las enfermedades, es porque todas ellas son castigos. El pecado original, que lo explica todo y sin el que nada se explica, se repite desgraciadamente á cada instante, aunque de una manera secundaria. No creo que en vuestra caulidad de cristiano, cuando sea desenvuelta exactamente esa idea, tenga nada de chocante para vuestra inteligencia. El pecado original es un pecado sin duda; sin embargo, si el hombre lo examina de cerca, encuentra que este misterio como los otros tiene aspectos satisfactorios aun para nuestra limitada inteligencia. Dejemos á un lado la cuestion teológica de la *imputacion*, que queda intacta, y limitémonos á esta observacion vulgar, que tambien se concierta con nuestras mas naturales ideas, *que todo ser que posee la facultad de propagarse no puede producir sino un ser semejante á si mismo*. Esta regla no tiene escepciones; se halla escrita en todas las partes del universo. Si pues un ser está degenerado, su posteridad no será semejante al estado primitivo de este ser, sino mas bien al estado en que ha venido á parar por una causa cualquiera. Esto se concibe muy claramente, y la regla tiene lugar en el orden físico, como en el orden moral. Pero es menester observar que hay entre el hombre *enfermizo* y el hombre *enfermo*, la misma diferencia que tiene lugar entre el hombre *vicioso* y el hombre *culpable*. La enfermedad aguda no es trasmisible; pero la que vicia los hamores, se convierte en *enfermedad original*, y puede perderá una raza entera. Lo mismo sucede con las enfermedades morales. Algunas pertenecen al estado ordinario de la imperfeccion humana; pero hay tales consecuencias de prevaricacion que pueden degradar absolutamente al hombre. Este es un *pecado original* de segundo orden, pero que nos representa, aunque imperfectamente el primer punto; de esto provienen los salvajes que han hecho decir tantas estravagancias, y que han seruido sobre todo de testo eterno á J. J. Rousseau, uno de los

sofistas mas peligrosos de su siglo, y sin embargo, el mas destituido de verdadera ciencia, de sagacidad y sobre todo de profundidad, con una profundidad aparente que está toda en las palabras. Ha tomado constantemente al salvaje como el hombre primitivo, cuando no es ni puede ser mas que el descendiente de un hombre desgarrado del grande árbol de la civilizacion por una prevaricacion cualquiera, pero de un género que no puede repetirse, segun mi opinion, porque dudo mucho se formen nuevos salvajes.

Como consecuencia del mismo error, se han considerado las lenguas de estos salvajes como lenguas comenzadas, cuando no son y no pueden ser sino fragmentos de lenguas antiguas, *arruinadas*, si es permitido esplicarse así, y degradadas como los hombres que las hablan. En efecto, toda degradacion individual ó nacional queda sobre la marcha manifestada por una degradacion rigorosamente proporcional en el lenguaje. ¿Cómo podria el hombre perder una idea ó solamente la exactitud de una idea sin perder la palabra ó la propiedad de la palabra que la explica? ¿y cómo por el contrario podria pensar mejor ó peor sin manifestarlo en el acto por su lenguaje?

Hay una *enfermedad original* así como hay un pecado original, es decir, que en virtud de esta degradacion primitiva, estamos sujetos á toda clase de padecimientos físicos *en general*; así como en virtud de esta misma degradacion estamos sujetos á toda clase de vicios *en general*. Esta enfermedad original no tiene, pues, otro nombre. No es mas que la capacidad de sufrir todos los males, como el pecado original (hecha abstraccion de la imputacion) no es sino la capacidad de cometer todos los crímenes, lo que concluye el paralelo. Pero hay tambien enfermedades, así como prevaricaciones *originales* de segundo orden; es decir, que ciertas prevaricaciones cometidas por ciertos hombres han podido degradarlas *mas ó menos*, y perpetuar de este modo mas ó menos en su descendencia así los vicios como las enfermedades: podrá suceder que esas grandes prevaricaciones ya no sean posibles; pero no es menos cierto que el principio general subsiste y que la religion cristiana se ha mostrado poseedora de grandes secretos, cuando ha dirigido su solicitud principal y toda la fuerza de su potencia legislativa é institutriz hácia la reproduccion legitima del hombre, para evitar toda transmision funesta de padres á hijos. Si he hablado sin distincion de las enfermedades que debemos inmediatamente á nuestros crímenes personales y de las que recibimos como herencia de los vicios de nuestros padres, el error es ligero; pues que como decia hace poco, ellas no son verdaderamente sino castigos de un

crimen. Solo esta herencia es la que choca desde luego á la razon humana; pero entretanto que no podamos hablar de ella mas largamente, contentémonos con la regla general que he indicado, *de que todo ser que se reproduce no puede producir sino un ser semejante á simismo*. Aquí, Sr. Senador, es donde invoco vuestra *conciencia intelectual*: si un hombre se ha entregado á tal crimen ó á tal série de crímenes que sean capaces de alterar su principio moral, comprendéis que esta degradacion es transmisible como lo es la del vicio escrofuloso y sífilítico. Por lo demas no tengo necesidad de esos males hereditarios. Recordad cuanto he dicho sobre este objeto como un paréntesis de la conversacion; todo lo demás queda inalterable. Reuniendo todas las consideraciones que he puesto ante vuestra vista, espero que no os quedará ninguna duda de *que el inocente cuando sufre no sufre jamás sino por su cualidad de hombre; y que la inmensa mayoria de los males recae sobre el crimen; lo que me es suficiente. Ahora...*

EL CABALLERO.

Seria inútil, al menos para mí, que fueseis mas adelante; porque desde que habeis hablado de los salvajes, ya no os he escuchado. Habeis pronunciado incidentalmente sobre esta especie de hombres una palabra que ocupa por entero mi atencion. ¿Podreis probarme que las lenguas de los salvajes son *fragmentos* y no *rudimentos* de lenguas?

EL CONDE.

Si tratase de emprender seriamente esa prueba, Caballero, parece que á vos seria á quien tocara el probar lo contrario; pero temo que nos internariamos en una disertacion que nos llevaria muy lejos. Si no obstante os parece que la importancia del asunto exige al menos que os manifieste *mi opinion*, yo la entregaré voluntariamente y sin detalles á vuestras reflexiones futuras. Ved, pues, lo que creo sobre los puntos principales cuya simple consecuencia ha llamado vuestra atencion.

La esencia de todo ser inteligente es el conocer y amar. Los límites de su esencia son los de la naturaleza; el ser inmortal, no aprende nada; sabe por su propia esencia todo lo que debe saber. Por otra parte, ningun ser inteligente puede desear el mal por su naturaleza ó en virtud de su esencia; seria necesario para ello que Dios lo hubiese hecho malvado, lo que es imposible. Si el hombre, pues, está sujeto á la ignorancia y al mal, esto no puede ser sino en virtud de una degradacion accidental

que no podría ser sino consecuencia de un crimen. Esta necesidad, esta sed de ciencia, que agita al hombre, no es sino la tendencia natural de su ser que le lleva hácia su estado primitivo y le anuncia lo que es.

Gravita, si puedo esplicarme así, hácia las regiones de la luz. Ningun castor, ninguna alondra, ninguna abeja sabe mas que sus antepasados. Todos los seres permanecen tranquilos en el lugar que ocupan. Todos son degradados, pero lo ignoran; solo el hombre posee el conocimiento de ello, y ese sentimiento es á la vez la prueba de su grandeza y de su miseria, de sus sublimes derechos, y de su increíble degradacion. En el estado á que se halla reducido, no tiene ni aun la triste felicidad de ignorarlo: se contempla sin cesar, y no puede hacerlo sin avergonzarse; su misma grandeza lo humilla, pues que sus luces que le elevan hasta la region de los ángeles, no sirven mas que para demostrarle inclinaciones abominables que le hacen descender á la region de los brutos. Busca en las profundidades de su ser alguna parte sana, sin poderla encontrar: el mal lo ha corrompido todo y el hombre entero es una enfermedad (1). Agregado inconcebible de dos poderes diferentes é incompatibles, centauro monstruoso conoce que es resultado de alguna prevaricacion desconocida, de algun ingerto detestable que ha viciado al hombre hasta en su esencia mas intima. La inteligencia es por su misma naturaleza resultado, á la vez ternario y único, de una *percepcion* que aprende, de una *razon* que afirma, y de una *voluntad* que obra. Las dos primeras potencias están debilitadas en el hombre; pero la tercera está suelta (2), y semejante á la serpiente del Tasso, se arrastra á sí misma (*E se dopo sé tira*. Tasso, xv, 48.) avergonzada de su dolorosa impotencia. En esta tercera potencia, es donde el hombre se siente herido de muerte. No sabe lo que quiere; quiere lo que no quiere; y no quiere lo que quiere; *quisiera querer*. Vé en sí mismo cierta cosa que no es él, y que es mas fuerte que él. El sabio resiste y esclama: *¿quién me librará?* (Rom. vii, 24.) el insensato obedece, y llama *felicidad* á su cobardia; pero no puede deshacerse de esa otra voluntad incorruptible en su esencia, aunque haya perdido su imperio; é hiriéndole el corazon, el remordimiento no cesa de esclamar: *haciendo lo que tú no quieres, obedeces á la ley* (Ibid., 16.) ¿quién puede

(1) Ὁλος ἀνθρώπου νοῦτος. Hippocr., Carta á Demagetes. (*Inter opp. cit. edit.* tom. II, p. 925.) Esto es verdadero en todos sentidos.

(2) *Fracta et debilitata*. Esta es una expresion de Ciceron, tan justa que los Padres del concilio de Trento no encontraron otra mejor para explicar el estado de la voluntad bajo el imperio del pecado: *liberum arbitrium fractum atque debilitatum*. (Conc. Trid. sess. 6. ad Fam. l. 9.)

creer que tal ser haya podido salir en este estado de las manos del Criador? Esta idea es tan repugnante, que aun la filosofia por sí sola, hablo de la filosofia pagana, ha adivinado el pecado original. El viejo Timeo de Locres, no decia ya, ciertamente que de acuerdo con su maestro Pitágoras, *que nuestros vicios provienen menos de nosotros mismos, que de nuestros padres y de los elementos que nos constituyen?* no dice tambien Platon, *que debemos atender mas al generador que al engendrado?* y en otro punto no ha añadido que *el Señor Dios de los Dioses (DEUS DEORUM. Ex XVIII, 2 Deut. x, 17. Esth. xiv, 12. Ps. xliii, 12. Dan. II, 47; III, 90.) viendo que los seres sometidos á la generacion habian perdido (ó destruido en ellos) el don inestimable, habia determinado someterlos á un trato propio enteramente para castigarles y regenerarles*. Ciceron no se separaba del sentir de estos filósofos, y de los iniciados que habian pensado *que estábamos en este mundo para espiar algun crimen cometido en otro mundo*. Ha citado y aun adoptado en cierta parte la comparacion de Aristóteles, á quien la contemplacion de la naturaleza humana le traia á la memoria el espantoso suplicio de un desgraciado atado á un cadáver, y condenado á pudrirse con él. En otra parte dice explicitamente *que la naturaleza nos ha tratado como madrastra mejor que como madre; y que el espiritu divino que existe en nosotros, está como sofocado por la inclinacion que ella nos ha imbuido hácia todos los vicios* (1); ¿y no es cosa singular que haya hablado Ovidio en los mismos términos que S. Pablo? El poeta crítico ha dicho: *yo veo el bien, y lo amo; y el mal sin embargo me seduce* (2); y el apóstol, tan elegantemente traducido por Racine, ha dicho:

Yo no hago el bien que amo,
y hago el mal que aborrezco; (3)

Finalmente, cuando los filósofos que acabo de citaros, nos aseguran que los vicios de la naturaleza humana pertenecen mas

(1) V. S. Aug. lib. IV, *contra Pelag.*; y los fragmentos de Ciceron, in *Elzevir*, 1661, p. 1314—1312.

(2) *Video meliora, proboque;
Deteriora sequor.*

(Ovid. Met. VII, 17.)

(3) Voltaire ha dicho, aunque no tan bien:
Se huye del bien que se ama; y se odia el mal que se hace.

(Loi nat. II.)

Luego añade inmediatamente:
El hombre, se ha dicho muchas veces
Es un enigma oscuro.
¿Pero en qué lo es el mas, que toda la naturaleza?
¿Aturdido que sois! ya acabais de decirlo.

á los padres que á los hijos, es claro que no hablan de ninguna generacion en particular. Si la proposicion permanece vaga, es porque no tiene sentido; de manera que la naturaleza misma de las cosas la relaciona á una corrupcion de origen, y por consiguiente universal, Platon nos dice: *que al contemplarse á si mismo, no sabe si vé un monstruo mayor, mas malvado que Tiphon, ó bien mejor un ser moral, dulce y bienhechor, que participa de la naturaleza divina* (él veia lo uno y lo otro). Añade que el hombre, llevado así por sentimientos contrarios, no puede obrar bien y vivir dichoso *sin reducir á esclavitud aquel poder del alma en donde reside el mal, y sin poner en libertad el en que está la mansion y el órgano de la virtud*. Esta es precisamente la doctrina cristiana, y no puede confesarse con mas claridad el pecado original. ¿Qué importan las palabras? El hombre es malo, horriblemente malo. ¿Lo ha creado Dios tal? Ciertamente que no, y el mismo Platon se apresura á responder: *que el ser bueno no quiere ni hace mal á nadie*. Somos degenerados, ¿y de qué manera? Esta corrupcion que Platon veia en él, no era aparentemente cierta cosa particular á su persona, y seguramente no se creia mas malo que sus semejantes. En el fondo, pues, hablaba como David: *mi madre me ha concebido en la iniquidad*; y si estas expresiones se hubieran presentado á su imaginacion, hubiera podido adoptarlas, sin dificultad. Luego, no pudiendo ser la degradacion sino una pena, y suponiendo la pena un crimen, la razon por si sola se encuentra conducida, como por fuerza, al pecado original: porque siendo nuestra funesta inclinacion al mal, una verdad de sentimiento y de esperiencia, proclamada por todos los siglos, y esta inclinacion constantemente mas ó menos victoriosa de la conciencia y de las leyes, no habiendo nunca cesado de producir en la tierra trasgresiones de toda especie, jamás ha podido reconocer y deplorar el hombre ese triste estado, sin confesar por ello mismo el triste dogma de que os hablo; porque no se puede ser *malvado sin ser perverso*, ni perverso sin ser degradado, ni degradado sin ser castigado, ni castigado sin ser culpable.

En fin, señores, nada hay mas confirmado, nada tan universalmente creído bajo una ú otra forma, nada, en fin, tan intrinsecamente admisible como la teoria del pecado original.

Dejadme que añada solamente, y espero que no tendreis ningun trabajo en concebir que una inteligencia originalmente degradada, sea y permanezca incapaz (á menos de una regeneracion sustancial) de aquella contemplacion inefable que nuestros antiguos maestros llamaron muy propiamente *vision beatífica*, pues que produce, y es ella misma la felicidad eterna; así como con-

cebireis que un ojo material, sustancialmente viciado, puede ser incapaz en tal situacion de soportar la luz del sol. Luego esta incapacidad de gozar del SOL, es, sino me engaño, la única consecuencia del pecado original que debemos mirar como natural é independiente de toda trasgresion actual (1). La razon me parece que puede elevarse hasta este punto; y creo que tiene derecho á alegrarse sin cesar de ser dócil á él.

Estudiado así el hombre en sí mismo, pasemos á su historia.

Todo el género humano proviene de una sola pareja. Se ha negado esta verdad como todas las demás; y eso qué le hace?

Sabemos muy pocas cosas de las que precedieron al diluvio, y aun segun algunas conjeturas plausibles no nos vendria saber muchas mas. Una sola consideracion nos interesa, y no conviene perderla jamás de vista, á saber; que los castigos son siempre proporcionados á los crímenes, y los crímenes proporcionados siempre á los conocimientos del culpable; de manera que el diluvio supone crímenes inauditos, y estos crímenes suponen conocimientos infinitamente superiores á los que poseemos, ved una cosa cierta y que conviene profundizar. Estos conocimientos desarrollados por el mal que los habia hecho tan funestos, sobrevivieron en la familia justa á la destruccion del género humano. Estamos cegados sobre la naturaleza de la ciencia por medio de un sofisma grosero que ha fascinado la vista de todos; á saber, el de juzgar el tiempo en que los hombres veian los efectos en sus causas, por el en que se elevan trabajosamente de los efectos á las causas, en que no se ocupan sino de los efectos, en que dicen que es inútil ocuparse de las causas, en que no saben ni aun lo que es una causa. No se cesa de repetir: *Juzgad del tiempo que ha sido menester para saber tal ó cual cosa!* Qué inconcebible ceguedad! No ha sido menester mas que un instante. Si el hombre hubiera podido conocer la causa de un solo fenómeno físico, comprenderia provablemente todos los demás. No queremos conocer que las verdades mas difíciles de discutir, son muy fáciles de comprender. La solucion de cierto problema hizo en otro tiempo saltar de alegria al mas profundo geómetra de la antigüedad; y sin embargo esta misma solucion se encuentra en todos los tratados de matemáticas elementales, y no escede su conocimiento de las fuerzas ordinarias de una inteligencia de quince años. Hablando Platon, en ciertaparte

(1) La pérdida de la vision de Dios, supuesto que la conocen, no puede menos de causarles habitualmente (á los niños muertos sin bautismo) un dolor sensible que les impida ser felices. (Bongean. Exposition de la doctrina, in-12. Paris, 1746, tom. II, ca. II, art. 2, p. 150 y tom. II, secc. IV, cap. III, p. 343.)

de lo que mas importa saber al hombre, añade de seguida con esa sencillez penetrante que le es natural. *Las cosas se aprenden fácil y perfectamente, si ALGUNO NOS LAS ENSEÑA* (1), ved la espresion. Es además evidente para la simple razon, que los primeros hombres que repoblaron el mundo, despues de la gran catástrofe, necesitaron de auxilios extraordinarios para vencer los obstáculos de toda especie, que se les presentaban (2); y ved, señores, el hermoso carácter de la verdad. ¿Se trata de establecerla? al momento vienen testigos de todas partes y se presentan por sí mismos; jamás se han hablado, jamás se contradicen, cuando los testigos del error se contradicen aun cuando tratan de mentir. Ved a la sabia antigüedad sobre las narraciones de los primeros hombres; ella os dirá que fueron hombres maravillosos, y que otros seres de orden superior se dignaban favorecerles con las comunicaciones mas preciosas. Sobre este punto no hay disonancia; los iniciados, los filósofos, los poetas, la historia, la fábula, el Asia y la Europa, no tienen mas que una voz. Tal concierto de la razon, de la revelacion y de todas las tradiciones humanas, forma una demostracion que solo la boca puede contradecir. No solamente, pues, han comenzado los hombres por la ciencia, sino por una ciencia diferente de la nuestra y superior á la nuestra; porque comenzaba mas alto, lo que la hacia tambien muy peligrosa; y esto os esplica, porque la ciencia en su principio fué siempre misteriosa y encerrada en los templos, donde se estinguió al fin cuando esa llama no podia servir ya sino para abrasar. Nadie sabe á qué época se remontan; no digo los primeros bosquejos de la sociedad, sino las grandes instituciones, los profundos conocimientos y los monumentos mas magníficos de la industria y del poder humano. Al lado del templo de S. Pablo en Roma, encuentro las cloacas de Tarquino y las construcciones ciclopeas. Esta época se toca á las de los Etruscos, cuyas artes y cuyo poder van á perderse en la antigüedad (*Diu ante rem romanum*. Tit. Liv), y á quienes Hesiodo llamaba *grandes é ilustres*, nueve siglos antes de Jesucristo (3),

(1) Ἐὶ διδάσκει τις. Lo que sigue no es menos precioso: *Pero*, dice, *nadie nos lo enseñará á menos que Dios no le muestre el camino*. Ἀλλ' οὐδ' ἐν διδάσειεν εἰ μὴ Θεὸς ὑπεγοῖτο *Epiá*. Opp. tom. IX, p. 259.

(2) *Yo no dudo*, decia Hippocrates, *que las artes hayan sido primitivamente gracias* (Θεῶν χάριτας) *concedidas á los hombres por los dioses*. (Hippocr. Epist. in Opp. ex. edit. Froesii. Franefort, 1621, in fol. p. 1274.) Voltaire no es de esta opinion: *para forjar el hierro, ó para sustituirle, se necesitan tantas CASUALIDADES felices, tanta industria, tantos siglos!* (Ensayo, etc. introd. p. 45.) Este contraste es extraño; pero creo que una buena inteligencia que reflexione atentamente sobre el origen de las artes y las ciencias no titubeará largo tiempo entre la gracia y la casualidad.

(3) Theóg. v. 114. Consultad relativamente á los Etruscos, *Carli-Rubi*,

que enviaron colonias á Grecia y á varias islas, muchos siglos antes de la guerra de Troya. Pitágoras, viajando por Egipto seis siglos antes de nuestra era, aprendió la causa de todos los fenómenos de Venus. No tuvo mas que aprender cierta conseja curiosa, pues que sabia desde la antigüedad *que Mercurio, para sacar á una diosa del mayor embarazo, jugó al ajedrez con la luna y le ganó la septuagésima segunda parte del día* (1). Confieso que al leer *el banquete de los siete sabios*, en las obras morales de Plutarco, no he podido menos de sospechar que los egipcios conocian la verdadera forma de las órbitas planetarias. Podreis, cuando os plazca, proporcionaros el placer de comprobar ese texto. Juliano, en uno de sus desabridos discursos, no sé cual llama al sol *el Dios de los siete rayos*, ¿de dónde habia tomado este singular epíteto? ciertamente que no podia provenirle sino de las antiguas tradiciones asiáticas, que habia recogido en sus estudios theúrgicos; y los libros sagrados de los indios presentan un buen comentario de este texto, pues que en ellos se lee que siete jóvenes doncellas habiéndose reunido para celebrar la venida de *Crischna*, que es el Apolo indio, el Dios se apareció de repente en medio de ellas y les propuso bailar; pero que estas virgenes habiéndose escusado diciendo que les faltaban danzantes, Dios proveyó á esta necesidad, dividiéndose á sí mismo, de manera que cada doncella tuvo su *Crischna*. Añadid que el verdadero sistema del mundo fué perfectamente conocido desde la mas remota antigüedad. Pensad que las pirámides de Egipto, rigurosamente orientadas, preceden á todas las épocas ciertas de la historia; que las artes son humanas, que no pueden vivir y brillar sino reunidas; que la nacion que ha podido crear colonias capaces de resistir á la accion libre del aire por un período de treinta siglos, levantar á una altura de seiscientos pies, masas que insultarian á toda nuestra mecánica (véanse las Antigüedades egipcias, griegas, etc., de Cailús, en 4.º tom, v. prefacio), esculpir sobre el granito aves, entre las que un viagero moderno ha podido reconocer todas las especies (1); pero que esta nacion, digo, era *necesariamente* tan eminente en las demas artes, y sabia tambien *necesariamente* una multitud de cosas que nosotros no sabemos.

bi, Lettere americane, p. III. lett. II. p. 94—104 de l'édit. in 8.º. De Milan. Lanzi. *Saggio di lingua etrusca, etc.* 3 vol. in 8.º. Roma, 1780.

(1) Se puede leer esta historia en el tratado de Plutarco, de *Iris y Usiris*, cap. XII. Conviene observar que la septuagésima segunda parte del día multiplicada por trescientos sesenta, de los cinco días que se añadieron en la antigüedad; para formar el año solar, y que trescientos sesenta multiplicados por este mismo número, dan el de 20,920, que esplica la gran revolucion resultante de la precesion de los equinocios.